

BOLETÍN DE HISTORIA

Directora: Adriana Rodríguez

Año 36, N° 72

2° Semestre 2018

Número Especial Centenario de la Reforma Universitaria, 1918

Dossier

Héctor Muzzopappa

La Reforma Universitaria ¿principio de una nueva era o fin de un ciclo? 3

Norma D. Riquelme

Comentario a Eduardo Dalmaso
1918, Raíces y valores del movimiento reformista 12

Norma D. Riquelme

Comentario a Pablo Requena
Derivas de un dirigente reformista – Deodoro Roca (1915 -1936) 29

*

Reseña Bibliográfica 40

Boletín de Historia

Directora: Adriana Rodríguez

Comité Académico

Fernando Barba. Universidad de La Plata - Argentina

José Girón Garrote. Universidad de Oviedo - España

Consuelo Naranjo Orovio. CSIC Madrid - España

Gustavo Guevara. Universidad Nacional de Rosario - Argentina

Mario Alberto Nájera. Universidad de Guadalajara - España

Paula Ortíz. Universidad de La Habana - Cuba

Pedro Pablo Rodríguez. Centro de Estudios Martianos - Cuba

Maurizio Vernassa. Universidad de Pisa - Italia

NOTA: A las Instituciones que reciben este Boletín se les sugiere el envío de noticias que pudieran corresponder a los intereses de esta área de FEPAI. Del mismo modo recibiremos libros para comentar, discusiones de tesis, designaciones de becas, etc.

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires (e.mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar)- Argentina. Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-3339

La Reforma Universitaria ¿principio de una nueva era o fin de un ciclo?

Héctor Muzzopappa
UNLa, Buenos Aires

En el año 2018 se celebra en nuestro país el centenario de la Reforma Universitaria. Voces unánimes la celebraron como un acontecimiento más en el avance hacia la democratización de la Argentina, concordante con la introducción del voto universal, secreto y obligatorio para los varones argentinos mayores de 18 años, y su consecuencia, el triunfo del Partido Radical.

Según las afirmaciones de sus adeptos, la Reforma Universitaria habría acompañado un movimiento que había comenzado a dejar a atrás ya la “antigua dominación monárquica y dinástica”, ya el positivismo materialista que hegemonizó la vida política argentina en la segunda mitad del siglo XIX. Al igual que el gobierno de Hipólito Yrigoyen, la Reforma Universitaria expresaba el incipiente acceso a la cosa pública de una clase media cuyo origen debía buscarse en el alud inmigratorio que sacudió las bases culturales y sociales de la Argentina agropecuaria.

A cien años de ese acontecimiento, y a la luz de los hechos políticos, sociales y culturales que la sucedieron, es pertinente preguntar por la profundidad del cambio que habría introducido; preguntar en qué medida la Reforma Universitaria constituyó un hecho democratizador de la cultura, que propagó su obra sobre la sociedad argentina.

Los cambios que pretendió la Reforma Universitaria

La Reforma se origina levantándose contra el régimen vigente en la universidad, cuyos caracteres esenciales son su radicación en los residuos de la “antigua dominación monárquica y dinástica” y de “los contrarrevolucionarios de Mayo” que perviven en la Universidad de Córdoba. El régimen universitario es denunciado como anacrónico, porque está fundado en una especie de “derecho divino del profesorado universitario”, y ante él la Federación Universitaria de Córdoba “reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el demos universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes”¹. La autoridad que ese régimen ejerce sobre los

¹ Manifiesto de la Reforma de 1918.

estudiantes es una negativa relación de dominio, y no una relación de auténtica enseñanza. Todo ello concurre a la existencia de una universidad claustral (característica de la edad media), y no la universidad que los nuevos tiempos exigen, una universidad fundada en los principios de la ciencia moderna. En la Universidad de Buenos Aires, el discurso opositor tomará un sesgo antipositivista.

La rebelión se extenderá, con distintos caracteres, sobre todas las restantes universidades argentinas.

Los discursos de los reformistas apuntaron unánimemente contra el estatuto de la vieja universidad, que los unió en la lucha contra su espíritu anacrónico. Pero, fatalmente, el conflicto habría seguido el mismo camino que “los grandes movimientos de masas de historia”: acometer sin un ideal claro que los guiase.

“En el movimiento huelguista estudiantil, encontramos la repetición de la historia. La inmoralidad introducida en la Universidad, [...] el espíritu viejo pretendiendo predominar en una época nueva [...], determinaron la unión, la formación del frente único de los estudiantes para combatir lo que se sabía malo, pero sin tener un concepto claro respecto a lo que había de implantarse luego de conquistado el triunfo”².

La carencia de objetivos claros fue expresión de la presencia de diferentes marcos conceptuales sobre la situación histórica. Mientras la democracia aparece en los reformistas como un término de referencia común, cuyo específico entendimiento en ese momento histórico radica en el modelo del Estado liberal de derecho, en algunos discursos, como en el de Saúl Taborda y en el de Deodoro Roca aparecen afirmaciones propias de la crisis de la democracia parlamentaria de principios del siglo xx que se extenderán durante la posguerra, expresando no solo la crisis del parlamentarismo, sino también la del Estado liberal de derecho.

² Pedro A. Verde Tello, “El alcance social de la reforma universitaria”, en *La reforma universitaria. Juicio de hombres de la nueva generación acerca de su significado y alcances (1918-1926). Con una noticia explicativa de los propósitos y forma de esta publicación por Gabriel del Mazo. Ex presidente de la Federación Universitaria Argentina*, Bs. As., Federación Universitaria de Buenos Aires. Publicaciones del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina. Imp. Ferrari Hnos., 1926, Tomo I: 70-71. El autor excluye de los movimientos sin un ideal claro a la Revolución Rusa.

“La democracia parlamentaria ha poseído, empero, la virtud de la sombra del manzanillo³ para la fecunda inferencia. El largo siglo de vida que tiene cumplida es prueba elocuente e intergiversable de que carece de capacidad para hacer efectiva la cultura prometida por la concepción filosófica que la informa. Celosa de los privilegios económicos, cuya inteligente expropiación le hubiera proporcionado la libertad económica que condiciona y afirma la libertad política, se ha convertido en una hetaira al servicio de todos los partidos, de todas las fracciones y de todas las clases, y ha defendido con ellos su patriótico concepto de la soberanía del pueblo como el empeño de los unos de medrar a costa de los otros”⁴.

Un juicio semejante contra la democracia parlamentaria emite Deodoro Roca.

“Cunde el mito de la democracia parlamentaria. Como dice Taborda, “posee la virtud de la sombra del manzanillo para la fecunda inferencia”. Crea una peligrosa y enervante ilusión colectiva. [...] Humo de opio, por cuyas espirales se asciende a los mitos edénicos. Y a medida que el pueblo eterno se marchita en la oscuridad de las minas o se despedaza en el trabajo embrutecedor de los talleres y las fábricas, se asegura la dominación en los establecimientos educacionales”⁵.

Otro tanto ocurre con los marcos educacionales, que remiten a las nuevas teorías educacionales

“¡Los nuevos descubrimientos científicos han desechado las teorías [positivistas] de la enseñanza oficial, y afirman nuevas doctrinas como “la escuela unificada del trabajo” de Lunacharsky o la educación del trabajo de Natorp como punto de partida para la educación de todos en común”⁶.

“...de ahí esos arrestos de la pedagogía social –reclamada por tantos pensadores ilustres, desde Pestalozzi a Natorp– que exige la educación por y para la

³ Se trata de una especie con apariencia de manzano, nativo de las playas de las islas del Caribe y América Central, que es un peligro mortal, pues todo en él es puro veneno. Tocar el tronco ocasiona graves quemaduras, comer los frutos conlleva una intoxicación mortal e incluso quemar su madera produce un humo tóxico. Por lo tanto colocarse bajo la sombra de este árbol durante largo tiempo puede producir eczemas en la piel que pueden llegar a convertirse en quemaduras de primer y segundo grado. <http://www.cookingideas.es/el-manzanillo-de-la-muerte-un-arbol-bajo-el-que-no-puedes-echarte-ni-una-siesta-20121121.html>

⁴ Saúl Taborda, “La docencia emancipadora”, en *La Reforma Universitaria...cit.*, Tomo I, pp. 31 ss.

⁵ Deodoro Roca, “La Universidad y el espíritu libre”, en *La Reforma Universitaria...cit.* Tomo I, pp. 59 ss.

⁶ Saúl Taborda, ob. cit.

comunidad, la socialización de la escuela, frente a la pedagogía individual [...] que quiere formar un hombre aislado, suelto, desprendido de la comunidad; [...] de ahí esa hostilidad hacia la escuela única, que se realiza en nuestros días bajo la fórmula de Lunacharsky; “la escuela unificada del trabajo”⁷.

Puede afirmarse también que todos los discursos se proyectan desde o hacia el mundo moderno. Sin embargo, a pesar de esa pretensión, la afirmación del movimiento se realizaría mediante la constitución de un territorio autónomo, que en algunos testimonios aparece como denominado como “república universitaria”. Pero esa república, entidad post Revolución Francesa, aparece en este y otros discursos organizada según los cánones del *ancien régime*.

“La república queda así formada por los miembros de la familia universitaria que lo deseen [...] Hemos convenido en llamar ‘estados’ a los diferentes cuerpos de estudiantes, profesionales y profesores”⁸.

“Estados” es la traducción que recibe el término francés “*etats*”, esto es, estamentos, cuerpos correspondientes a la organización política abolidos por la Revolución Francesa. De aquí derivará la institución de los “claustrós” (otro término pre republicano) que constituirán la estructura de la autonomía universitaria. A partir de estos conceptos, y con el triunfo de la Reforma Universitaria, quedará definida la Universidad como un cuerpo semi autónomo del Estado, del mismo modo que lo harán las fuerzas armadas, a partir de la jefatura de Agustín P. Justo y la Revolución de 1930.

A pesar de que en esos discursos se hace referencia a teorías que se asientan en un revolucionado concepto epistémico sobre la educación, esto es, la caducidad del paradigma humanístico tradicional y la introducción del trabajo como valor epistemológico, ello no llevará a cuestionar los fundamentos de la educación impartida en esa universidad que los reformistas intentan transformar, fundamentos totalmente asentados en las concepciones educativas tradicionales.

El examen de los más notorios testimonios sobre la Reforma Universitaria acredita la noción de que finalmente la energía real de los reformistas se concentró en la reforma estatutaria, esto es, en la distribución del poder institucional de la corporación universitaria, radicada en el “*demos*” universitario, sujeto esencial presente desde el momento del nacimiento. Los restantes objetivos proclamados no fueron sino “cualidades secundarias”

⁷ Deodoro Roca, ob. cit.

⁸ G. Watson, “Teoría del gobierno republicano de la universidad”, *La Reforma Universitaria...cit.*

de su acción. Esto puede afirmarse primariamente a partir algunos de los trabajos más elaborados y conceptuales sobre el tema, como los de Carlos Cossio.

La Reforma Universitaria –afirma Cossio– se sintetiza en dos principios: de **afirmación principalmente práctica**, que se ha expresado en una conducta cuyas afirmaciones se hacían susceptibles de una interpretación profundamente pedagógica, y **de reforma revolucionaria**, “una acción directa que tendía como objetivo inmediato a transmutar el derecho universitario”. “Para que haya revolución universitaria basta que por vía de acción directa se trate de modificar el cómo se organiza la universidad”⁹.

El primer principio se debe entender como el fundamento sobre el que se debe producir el desarrollo integral de la personalidad humana en los sentidos ético, estético y científico con relación a la sociedad dentro de la cual la universidad vive. Desde este principio pedagógico-moral se enfrentó a la vieja universidad, cuestionando lo que no cuestionaba “qué cosa se aprende y enseña”, y cuál es el “principio relativo a su materia social determinante de quienes aprenden y enseñan”. Se trataba de “hacer a la Universidad más del estudiante y más social” que “fue implícita afirmación que se lanzó violentamente en 1918 desde el primer día”¹⁰.

El sustrato histórico sobre el que se asentó la Reforma Universitaria

Pero es importante señalar el sustrato histórico sobre el cual se asentaban estos principios. La mayoría de los militantes de la Reforma transitaba sobre el unánime supuesto de que el cambio que estaban impulsando se inscribía en el marco de las transformaciones producidas por la Gran Guerra y la Revolución Rusa.

“La guerra europea, la revolución rusa y el advenimiento del radicalismo son los tres acontecimientos que la explican. La primera es la crisis más grande que ha sacudido al mundo desde la Revolución Francesa”¹¹.

Sin embargo, el movimiento universitario no entendió la profunda transformación que introdujo la guerra. Es más, es precisamente este hecho el que permite radicar al fenómeno de la Reforma dentro del paradigma del siglo XIX.

⁹ Carlos Cossio, “La Reforma Universitaria. Desarrollo histórico de su idea.” en Revista *Nosotros*, 24, N. 248. enero de 1930.

¹⁰ *ibídem*

¹¹ J. V. González, “Significación social de la Reforma universitaria”, en *La Reforma Universitaria...* cit. Tomo I, p. 86

Su diatriba se dirigió sustancialmente contra el positivismo, confundido en algunos casos como el materialismo de origen alberdiano¹². La generación reformista, afirma Cossio, impulso una cultura integral,

“proclamada y desenvuelta sobre la necesidad de educar en la totalidad de los valores humanos respetados en su peculiaridad, como una superación del positivismo que trata de reducirlos a los valores económicos o, a lo más, de conceptualarlos con una concepción de ciencia natural”¹³.

La vieja universidad, por el contrario, se estaba orientada hacia valores opuestos:

“Frente al postulado de que la universidad debe formar exclusivamente el técnico – postulado que desde la nítida teorización del capítulo XIII de las *Bases* [de Alberdi] hasta las realizaciones de las nuevas universidades de La Plata y Tucumán no había hecho sino afirmarse cada vez con más crudeza en todas las Facultades del país y en cada uno de sus planes de estudio– el movimiento de opinión a que nos estamos refiriendo, no dijo absolutamente una palabra. La Vieja Universidad determinaba pues su función social en la formación del técnico. Y si bien con esto contemplaba en cada individuo universitario el problema de la lucha por la vida, y en el país como totalidad el problema de la riqueza nacional –expresiones individual y colectiva del mismo asunto–, en cambio no estaban propuestos como problemas de la educación universitaria ni el de la vida ganada con esa lucha para el individuo, ni el de la cultura como justificativo moral para la existencia de los pueblos. La Vieja Universidad no veía que el hombre debe ser más que una máquina perfecta en la producción y que el país debe ser más que un granero del mundo”¹⁴.

Este párrafo permite entrever dónde se sitúa históricamente el pensamiento de la Reforma Universitaria; si en el nuevo mundo que se ha revelado después de la Gran Guerra o desde el anterior, en el que se situaba la generación del 80. Esto permite juzgar sus pretensiones de expresar una nueva época.

¹² Coriolano Alberini “La Reforma Universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras”, Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras del 3 de julio de 1928 organizada por el Centro de Estudiantes de esa Facultad, en *Escritos de Filosofía de la Educación y Pedagogía*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1973

¹³ C. Cossio, ob. cit.

¹⁴ C. Cossio, ob. cit.

El capítulo XIII de las *Bases* de Alberdi, los nuevos planes de estudio de las universidades de La Plata y Tucumán, la formación del técnico, la máquina perfecta de producción y el granero del mundo, constituyen los **conceptos fundamentales** que configuran este párrafo.

El citado capítulo XIII de las *Bases* es un punto de inflexión teórico en la cultura y la política argentinas. Alberdi, a diferencia de toda la clase dirigente previa a Roca, aquella que se establece junto a Mitre y Sarmiento, ha comprendido el mundo que ha abierto la Revolución Industrial¹⁵, a pesar de sus límites por la aceptación de la Argentina agraria en la división internacional del trabajo. Fundado en el pensamiento de Adam Smith y la ilustración escocesa, distingue claramente el advenimiento de la *sociedad civil* como dimensión emancipada del Estado¹⁶. Esto es, la dimensión cuyos valores y motores esenciales son el trabajo y la producción, a diferencia del Estado, dimensión del dominio y la coerción.

La *intelligentsia* argentina, anclada en los principios previos a la Revolución Industrial, calificará unánimemente esta orientación de “materialista”. Esto se hará claro en la Revolución del 90¹⁷.

Cuando Alberdi escribe “La educación no es la instrucción” lo hace desde la nueva concepción que se ha ido desarrollando en el terreno de la formación del hombre: el progresivo avance de los saberes del mundo de la vida social y productiva, que van desplazando a los saberes derivados del mundo teológico-humanista. Por eso habla de la “educación de las cosas”, concepción que se va abriendo paso hacia fines del siglo XIX. Esa educación se encuentra ligada al mundo vivido, a la cultura de la sociedad que se va ampliando, es formación integral en donde no juegan solo el intelecto, la memoria y el saber literariamente entendidos. Dentro de esa concepción muta también la orientación de la ciencia: la ciencia no es ya concebida en los términos ilustrados de combate contra la “oscuridad religiosa”; la ciencia es ahora parte de un circuito dentro del cual está la técnica y el trabajo productivo, que se manifiestan como mundo de la tecnología. Desde esta nueva

¹⁵ Hemos desarrollado esta cuestión en nuestro trabajo *Educación y trabajo en el orden conservador*. Buenos Aires, Biblos-Unla, 2015, “El programa alberdiano de cambio cultural”.

¹⁶ “Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado [...] radican [...] en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de «sociedad civil» (*bürgerliche Gesellschaft*)”. C. Marx, “Prólogo” a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*.

¹⁷ Jorge Abelardo Ramos, solitaria y alberdianamente, la calificará como “Contrarrevolución del 90”. V. *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*.

orientación queda clara la limitación de la educación tradicional (la “instrucción”); Alberdi no la niega, pero la ve incompleta¹⁸.

El mundo pre Revolución Industrial carece de conceptos para ver este cambio; desde su limitación la calificará de educación “materialista”, y esto es lo que se hace manifiesto en el escrito de Cossio, que refleja el de la Reforma Universitaria. Precisamente, lo característico de las universidades de La Plata y Tucumán ha sido ligarse a su entorno productivo-regional; todas las universidades europeas y norteamericanas ya estaban transitando este camino¹⁹. Es cierto que la Universidad de Buenos Aires y la de Córdoba son “profesionalistas”; pero el profesionalismo es la característica de una institución universitaria previa a la Revolución Industrial, esto es, la universidad que forma el cuerpo profesional del Estado, “la universidad de los abogados”, que es la vigente en la Argentina y que **la Reforma Universitaria no pone en cuestión**. El mismo Cossio lo reconoce cuando afirma que ante esa cuestión la Reforma Universitaria “no dijo absolutamente una palabra”. ¿Por qué? Porque la Reforma Universitaria está aún situada en el mismo paradigma fundamental que la generación del 80, que pretende superar, pero que en realidad no hace más que consumir.

Todos los hechos que Cossio señala como negativos, los nuevos planes de estudio de las universidades de La Plata y Tucumán, la formación del técnico, la máquina perfecta de producción, presuponen una contraria serie positiva, constituida por una orientación de la universidad por principios pedagógico morales, ajenos a la técnica y la producción que es lo que se desprendería de la propuesta alberdiana del capítulo XIII de las *Bases*. Y los hechos negativos señalados por Cossio son precisamente los que se han tornado positivos merced a la Gran Guerra.

¹⁸ El proyecto de Magnasco de introducción de una educación práctica presentado en 1900 se inscribe explícitamente dentro de estas ideas. Ver nuestro citado trabajo *Educación y trabajo en el orden conservador*. La Reforma Universitaria habla de cambio educacional e ignora absolutamente este proyecto y el debate que originó, en donde se cuestionó realmente la educación tradicional.

¹⁹ Ver al respecto: Bennett, Ch. A. *History of Manual and Industrial Education up to 1870*, Peoria, Illinois, 1926; Grande Covián, Francisco “Las tres raíces de la Universidad norteamericana”, en *Cuenta y Razón*, N° 39, Madrid, 1988. Lucas, Christopher *La educación superior norteamericana, una historia*, Buenos Aires, UP, 2010, p. 237; Butts, F – Cremin. L. *Historia de la educación en la cultura norteamericana*, Buenos Aires, Bibliográfica Argentina, 1959, p. 399; Léon, Antoine, *Histoire de l'éducation technique*, Paris, PUF, 1968, pp. 67 ss.; Léon, A. -Roche, P. *Histoire de l'enseignement en France*, Paris, PUF, ¹²2008, pp. 81 ss.

La guerra inter-imperialista de las potencias europeas puso fin a la era del liberalismo, tanto económico como político. Y se llevó a cabo mediante una transformación radical de la orientación de los Estados nacionales: la economía ya no podía transcurrir sobre los principios liberales del intercambio. Cada Estado se cerró sobre sí mismo, considerando a su aparato productivo como un arma más en el combate. Allí se hicieron patentes las transformaciones acaecidas por la Revolución Industrial, mediante la aplicación de la ciencia, la tecnología y la industria a la guerra. Un país sin industria, sin ciencia, sin tecnología queda expuesto como un país indefenso, dependiente, que ha renunciado a su soberanía. Ahora, todos los componentes de la sociedad civil concurren a la potencia nacional. De ello no escapó la alineación de la clase trabajadora europea, con el abandono del internacionalismo proletario, el derrumbe de la Segunda Internacional y el voto de los partidos obreros a los créditos de guerra. Ciencia, técnica, industrialización e integración de las fuerzas sociales en la Nación, se mostraron como los motores del nuevo siglo.

En el nuevo mundo que se venía gestando desde las últimas décadas del siglo XIX y que irrumpe con la Gran Guerra, la ciencia y técnica se han constituido como agentes del poder, merced a su vinculación con la industria. Y la universidad es el espacio de su radicación y una de sus misiones esenciales. El “materialismo” alberdiano brilla con toda su realidad, frente a las abstracciones del “espiritualismo”, la “utopía”, la “exclaustración”, y la “nueva sensibilidad” impulsadas por la Reforma Universitaria.

André Malraux afirmó que la Revolución Rusa no fue la primera revolución del siglo XX, sino la última del siglo XIX. *Mutatis mutandis*, podría afirmarse lo mismo de la Reforma Universitaria. No abrió el siglo xx, sino que cerró el siglo XIX. Así lo permitiría afirmar el análisis conceptual de sus testimonios.

Julio V. González señaló que la Gran Guerra constituyó uno de los acontecimientos que signaban la Reforma Universitaria. Pero si se recorre su trabajo, arriba citado, no se encuentra en él ningún dato que diga qué fue lo que cambió con la Guerra que fuera asumido por la reforma. Lo mismo ocurre cuando se recorren los testimonios recogidos por Gabriel Del Mazo en su antología de la Reforma Universitaria. Hay proclamas sobre una nueva generación, una nueva sensibilidad, una nueva era de justicia, de solidaridad con la clase obrera, que no van más allá de conceptos generales carentes de contenido real.

El único hecho real de la reforma fue el logro de la autonomía universitaria y su institución como corporación semi autónoma del Estado, que terminó instalándola como fuerza tributaria de los partidos políticos pertenecientes al ciclo de ideas del proyecto del 80.

**Comentario a
Eduardo Dalmasso, *1918, Raíces y valores del movimiento reformista*
Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba – 2018**

Norma D. Riquelme
Conicet, Córdoba

Dalmasso empieza su libro destacando que tratará sobre una época de avance material, crisis del capitalismo, revolución de las conciencias, crisis de la hegemonía de la oligarquía, contradicciones del clericalismo cordobés y del parto de un discurso liberal. Dicho discurso fue una rebelión producida como consecuencia de cerrarse el camino hacia la ciencia y hacia el proceso democrático. Dice Dalmasso que el rol de las elites estaba cambiando, la Universidad debía ser sujeto de transformaciones políticas y científicas, y de una profunda noción latinoamericanista. Además la guerra estallada en 1914 había puesto en crisis la noción de progreso alimentada durante mucho tiempo. El clero se asoció a las fuerzas del atraso.

La obra se despliega a partir del fracaso europeo y su incidencia en una nueva visión del progreso.

La gesta reformista aparece en un mundo convulsionado por huelgas, represiones e injusticias, y en una Argentina que –según afirma– no se podía considerar un país moderno ni democrático, dado que la oligarquía había conseguido un país moderno y laicista a través del fraude; y la Iglesia venía poniendo obstáculos a muchas de las reformas liberales producidas desde años antes. Era una sociedad con una clase obrera organizada, con importantes núcleos de la clase media incorporados a la universidad y con un sector liberal y anticlerical creciente, organizados en torno a la *Asociación Córdoba Libre*, que tendrá un rol fundamental en la configuración del discurso reformista.

Es entonces que en la Argentina aparecen pensadores que van hacia la búsqueda de la identidad latinoamericana, hacia los ideales como bandera de la juventud y hacia el rechazo de lo mediocre y de lo utilitario. Fueron ellos Enrique Rodó, José Ingenieros, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Ortega y Gasset, Alejandro Korn, y Saúl Taborda, padres ideológicos de la Reforma.

La principal protagonista de esta historia es la Universidad, que es una institución que representa en el campo del saber, el largo proceso del desarrollo económico y social del

mundo occidental. Su primera función fue política, en tanto construyó un mensaje sobre las leyes universales del espíritu humano que debían ser directrices en el desarrollo político y económico de las sociedades.

En la Argentina, la generación del ochenta avanzó sobre el control del sistema educativo y la secularización de la política. Por entonces las universidades de Córdoba y Buenos Aires, eran profesionalistas y utilitaristas. Se las criticaba por esto y también por no planificar un sistema de cohesión espiritual ante el avance inmigratorio y el acelerado crecimiento económico.

En la UNC existían divisiones profundas entre católicos y liberales y ya había quienes postulaban la liberalización del saber y el abandono de las formas tradicionales, aduciendo, erradamente a nuestro criterio, que no se preocupaba por los cambios del mundo y de la propia sociedad. Los reformistas pretendieron la elevación moral de la educación aunado al conocimiento científico. Según ellos el cambio debía venir desde arriba porque él sólo se genera en el campo de las ideas.

El autor afirma que cada sociedad construye un imaginario acerca de lo que considera valioso. Los valores funcionan como moderadores de la conducta y propician un sentido de pertenencia y, de ese ideario surgen y se desarrollan las instituciones. Éstas, y entre ellas la universidad, contribuyen a incorporar y defender saberes y conocimientos.

De acuerdo a esto la universidad tiene como prescripción educar personas que regulen y enriquezcan la vida pública mediante la aplicación de conductas adquiridas a través de conductas asignadas por valores y una clara comprensión de sistemas de ideas vivas, que encarnan la cultura de su tiempo.

Indagar sobre los valores presentes en el discurso de la Reforma, permite acercarse a la cosmovisión de sentidos de la época, para comprender los fundamentos de la gesta reformista. Valores que expresan una ruptura respecto al orden conservador preexistente.

El autor se pregunta por qué es válido tomar como parámetros los conceptos de la Universidad pregonados el '18 y se responde que porque fue la primera vez que una parte de los universitarios obró como caja de resonancia de una sociedad en proceso de cambio. Poner en discusión lo existente y plasmar un discurso coherente con la modernidad, fue inédito. Fue un grito de rebeldía dentro de un discurso intelectual.

Según Dalmasso, para entender los discursos ideológicos de algunos intelectuales reformistas es necesario ponerlos en un sistema discursivo mayor que tiene que ver con la

forma de ejercicio del poder. O sea que hay que entender el sistema político vigente como consecuencia de un modelo democrático que lo condiciona y le da forma. De la lucha entre los discursos en pugna, debe colegirse que las decisiones políticas no sólo se dan a la altura de los órganos estatales, sino también en un nivel informal. Reflexionar sobre los discursos en pugna significa visualizar la lucha por la hegemonía.

En el período estudiado se dieron transformaciones originadas en el plano discursivo informal y también en el formal, orientados a producir una deliberación. Y la exposición de cartas, documentos y manifiestos de los reformistas obedece a su intención de defender ciertos intereses y de influir por medio del discurso en la toma de decisiones que transformen el orden social.

Los discursos pueden coincidir con la lógica hegemónica de la sociedad o pueden ser opuestos y luchar por imponerse. Una clase dominante tiene poder precisamente por la hegemonía cultural que logra imponer. Ese control no se da por la fuerza, sino a través del control del sistema educativo, de las instituciones religiosas y, en este caso, de la Universidad, que educaba para que los sometidos estuvieran contentos de serlo. Es una dominación por consenso más que por coerción. Esta hegemonía no es permanente, de allí la necesidad de mantenerla con un trabajo constante.

Cuando los valores predominantes entran en crisis aparecen otros que implican una visión diferente de la sociedad. Los valores constituyen los principios fundamentales que las guían. Ese orden comienza a desmoronarse cuando se derrumban los conceptos socio-políticos precedentes y por los discursos que cuestionan el orden anterior. Cuando los valores no representan lo que la sociedad anhela, estamos ante una posibilidad de transformación de los valores preponderantes.

Las características del desarrollo socio político de la Argentina justifican el abordaje del significado de los valores emergentes en el sistema universitario. Se produce en el siglo XX un retorno al estudio del ciudadano, no equiparable al ciudadano biológico del positivismo, sino de un ser social provisto de ética y de raciocinio.

A nuestro juicio hay aquí un interesante planteo donde la Reforma se inserta profundamente en el mundo del pensamiento y de las ideas para, desde allí, analizar los hechos que derivaron en ella.

El autor analiza también el marco político que precedió a la república verdadera. Hacia 1880 se impuso la oligarquía modernizadora, que, desde entonces defendió el derecho a

gozar del poder, que jamás dudó del progreso y confió en la educación pública, común y gratuita para imponer su programa.

Con el paso de los años el partido autonomista comenzó a resquebrajarse mientras sus principales figuras pugnaban para no perder su hegemonía. Y mientras más se modernizaba el país más evidentes se hacían las prácticas oligárquicas con sus connotaciones de nepotismo, fraude y oscuras gestiones de parte del gobierno. La consecuencia fue que muchos jóvenes intelectuales o dirigentes políticos comenzaron a bregar para la obtención de la plena igualdad política y social.

Para entender la Reforma, Dalmaso hace un análisis de la situación histórica del país, retrocediendo hasta 1880. Y, entre muchas cosas afirma que la reforma electoral del 12, significó el fin de un sistema político excluyente y la aparición de un sistema de participación ampliada. La UCR llegó al poder. Pero el sector tradicional mantuvo el Senado, la justicia y la Universidad. Al mismo tiempo que el advenimiento del radicalismo significó nuevas alternativas para la clase obrera.

Había un mundo convulsionado y un país agitado, que no pudieron menos que influir en la nueva generación que apareció con el cambio de siglo.

En la Argentina, a fines del siglo XIX, se dictó la ley Avellaneda. Y desde entonces el sistema universitario implicó un aparato cultural diseñado por la dirigencia liberal acorde con su despliegue político e ideológico.

La obra estudia los cambios y progresos que se hicieron en las universidades desde comienzos del siglo XX. La existencia y ataque contra las Academias y su conformación; la aparición de las organizaciones estudiantiles y de los primeros centros de estudiantes entre 1903 y 1905. La reforma de los estatutos en 1906 en Bs As degradó la autoridad de las Academias y la formación en 1908 de la Federación Universitaria de Bs As que reclamó la participación de los estudiantes en el gobierno universitario.

En 1905 se creó la Universidad de la Plata que dependía de un convenio entre el gobierno nacional y el de la provincia y desde el comienzo su gobierno representó al claustro docente. El autor se detiene en el caso de la Plata que, después de su nacionalización en 1905 apareció como un caso piloto.

En el capítulo III el autor se ocupa de las ideas de la época y en particular del latinoamericanismo y se pregunta cuáles fueron las corrientes ideológicas que incidieron políticamente

te en el mundo, en la región, y en el país desde fines del siglo XIX y hasta la segunda década del XX.

Dice basarse en tres ejes ideológico-políticos, para comprender cual fue y como se estructura el discurso social-académico que operó en el Movimiento Reformista, como razón de ser de la UNC y como cosmovisión de la etapa histórica. Y se ocupa de la discusión entre el utilitarismo y el materialismo en contraposición a la reivindicación del valor de las ideas y de los ideales; de la contraposición entre un modelo eurocéntrico y un modelo identitario y de la discusión entre una salida política elitista y una salida democrática; temas que desarrolla a continuación.

La Reforma expresó un determinado clima de ideas en correlación con lo anterior, a partir del reemplazo de un paradigma por otro. Un clima de ideas que se constituye en relación con la crisis del positivismo y el escenario abierto por esa crisis llevó a una completa revisión de las estructuras de pensamiento hasta entonces conocidas.

Todo esto tuvo que ver con la reacción antipositivista. Hubo una vuelta al idealismo, a los valores y a la moral, etc. La guerra tuvo mucho que ver con el cuestionamiento de la modernización y el progreso.

Apareció la crítica al determinismo y al mecanicismo, cuestionando su idoneidad para explicar al hombre.

La filosofía de H. Bergson tuvo singular influencia, en tanto su evolucionismo espiritualista, incorpora la dimensión del cambio. El destaca la capacidad de las personas capaces de cambiar el rumbo, opuesta al determinismo positivista que planteaba una única dirección de la historia marcada por el progreso. Y destaca la capacidad creadora del hombre, estableciendo la posibilidad de crear caminos bifurcados en el devenir del destino de las sociedades.

El tema de América Latina y la búsqueda de su identidad está analizado detalladamente en el trabajo.

El autor acuerda en que a principios del siglo XX América Latina renunció el proyecto modernizador que pretendía imitar a Europa, por un proyecto identitario, centrado en buscar la identidad americana para lograr el futuro desarrollo histórico del subcontinente.

El proyecto identitario reivindica lo americano, lo indígena, lo propio; valora lo artístico, lo cultural y lo humanista, reivindica la independencia de América Latina, pone énfasis en la libertad y la igualdad y pone énfasis en el encuentro con el país y con el continente.

En la Argentina se produce un reverdecer metafísico, un incremento de los sentimientos religiosos y un desprecio por el utilitarismo. Se cuestionan los modelos europeos. Sin embargo hay tres corrientes que influyen en esta época: El positivismo, que abandona su tendencia ortodoxa para acercarse a la realidad y deja de ser la tendencia abstracta, racista y fuertemente modernizadora que la caracterizó para volverse más identitaria con respecto a la realidad continental. La izquierda con sus variantes de socialismo y anarquismo que fue positivista pero con una fuerte impronta de preocupación por lo social. Se ligó con un tono ético, con corrientes espiritualistas y con el krausismo. Pero no hubo en estas corrientes un tono identitario y una preocupación por la realidad social latinoamericana.

Y en tercer lugar el arielismo, que reivindica la propia identidad. Pero mientras las dos primeras tienen influencia europea, el arielismo revelará en toda su dimensión el gran giro identitario de las ideas en América latina. Su antecedente más importante fue el modernista Rubén Darío y José Martí con su *Nuestra América*, que es la máxima expresión del antiimperialismo. Surge entonces la necesidad de revalorizar lo propio y construir una identidad que permitiera enfrentar el imperialismo norteamericano. El modernismo construyó la idea de lo bello como opuesto a lo útil, el mercado y el dinero. Lo bello es un instrumento del conocimiento

El triunfo del radicalismo en 1916 postuló en su plataforma una serie de debates y posturas ideológicas que cuestionaban el modelo que privilegiaba a minorías privilegiadas.

Hubo claros referentes que fueron determinantes en la conformación del corpus de ideas de la Argentina del momento. Además de Rodó, ellos fueron Julio Korn, Ingenieros, M. Ugarte, Ricardo Rojas, J. Ortega y Gasset, S. Taborda y Leopoldo Lugones. Como también Alfredo Palacios y Joaquín V. González.

La expansión continental de USA hizo cundir la necesidad de oponerse al imperialismo norteamericano. Ese antiimperialismo se basaba en la unidad del continente para salvaguardarse del avance norteamericano. El Ariel fue leído profusamente, y el texto cristalizó la idea de una cultura materialista norteamericana opuesta a otra idealista –con valores espirituales y morales–, alojada en las juventudes de América Latina.

Dalmasso destaca que la reflexión sobre la sociedad, la política, los fenómenos estéticos, conceptuales o ideológicos pueden reelaborarse y presentarse con distintos grados de creatividad. Es un momento conflictivo; avanzan los sectores emergentes, pierden cohesión los sectores oligárquicos, hay descontentos entre sectores trabajadores y, sobre todo, hay una profunda desilusión sobre los valores presentes en Europa.

Época de quiebres

El autor recurre a Falcon y a Terán para esclarecer el pensamiento argentino entre 1914 y 1930. Falcón considera tres factores: el pensamiento antipositivista; la revolución rusa y el cuestionamiento a la viabilidad del orden democrático. Terán complejiza el panorama ya que, según él, la reacción antipositivista convivió con las *filosofías de las conciencias*, que definieron el clima mental de la época en todo Occidente y que se caracterizaron por centrarse en la dimensión ética del ser humano

La filosofía no puede ser absorbida por la ciencia, porque tiene problemas y procedimientos distintos. La especificidad del hombre está en su interior. Terán piensa que las mentalidades de principios de siglo estuvieron fuertemente marcadas por la guerra, aunque sus consecuencias no fueron las mismas porque en la Argentina el modelo agroexportador era un éxito y se inauguraba la democracia. Por eso los vientos de cambio en la Argentina fueron más reformistas que revolucionarios.

Luego la obra se dedica a analizar el Ariel, pivote movilizador de la intelectualidad en el discurso contrahegemónico de América. Él encumbra la cultura, la razón y el sentimiento y se opone la concepción utilitaria. En segundo lugar llama a la juventud a constituirse en sujeto de cambio, en protagonista de una cruzada contra el positivismo. Y, por último, formula un proyecto identitario, de defensa y exaltación de la manera propia de ser.

Aparece la preocupación de la intelectualidad y de la clase gobernante por el alud inmigratorio y la aprehensión ante la “multitud”, que será un elemento de barbarie o de civilización según tenga o no una alta dirección moral; y pone en duda que los Estados estén en condiciones de civilizar a esa masa, atento a lo que el pregona como fundamental: el sostenimiento de una cultura humanística y el poder del Estado en manos de los mejores.

Rodó justifica las desigualdades a partir de su adhesión a la idea de que el Estado y la sociedad deben ser conducidos por los mejores. Rodó es una de las figuras más emblemáticas del americanismo literario de todos los tiempos y a pesar de proclamarse como liberal, no hace causa común con el liberalismo económico norteamericano.

El autor propone leer el Ariel a través de las categorías formuladas por Angenot: la ciencia es considerada como espíritu dominante y encarnada en el progreso y espíritu utilitario, por USA. Los hechos que caracterizan su discurso dominante son caracterizados como *la crisis del fin de siglo*. Pero resplandece la esperanza pues también entonces hay un intento de recuperar la razonabilidad, junto al crecimiento de la sensibilidad y la profundización de la cultura. Este nuevo sentido constituye el discurso contrahegemónico que carac-

teriza a Rodó y que plasma en el Ariel. Él confronta contra los componentes de la modernidad capitalista: predominio de la razón científica, noción de progreso, acumulación ascendente y dominio de la naturaleza.

La obra continúa con el análisis del pensamiento de Alejandro Korn y sus conceptos sobre la libertad, siguiendo a Falcon. Toda la trayectoria de Korn está encaminada a movilizar las fuerzas sociales en pos de una sociedad más justa. El eje central de todo su pensamiento es la libertad y desde su lugar de intelectual, y desde su lugar en la Universidad, Korn encarnó la voz contrahegemónica, favoreciendo las visiones reformistas, planteando la superación del positivismo y generando nuevas formas de participación.

J. Ortega y Gasset ocupa luego el interés del autor, que lo analiza extensamente. Continúa con José Ingenieros, –para lo que sigue también a Falcon–, dedicando varias páginas al estudio de *El Hombre Mediocre* teniendo en cuenta que tuvo gran influencia entre la juventud y, en especial, en la Reforma.

Ingenieros concibió a la Universidad como agente de transformación de la sociedad y la cultura. En este sentido hay que destacar el contenido emancipador de sus ideas de Ingenieros, enfrentadas al dogma y a lo hegemónico.

El trabajo continúa con el análisis del pensamiento de Saúl Taborda, Manuel Ugarte, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, y se completa con Joaquín V. González, Alfredo Palacios y Agustín García. Tres figuras de relieve intelectual, que fueron capaces de captar las necesidades del momento. Para terminar, el autor agrega un punto donde analiza el pensamiento de los intelectuales de la época. Y constata que todos tienen una visión contestataria sobre la situación vigente; piensan que el modelo europeo se caía a pedazos y habrá que buscar la identidad de la América hispánica. Europa ya no puede ser faro del mundo. Todos acuerdan en que USA es imperialista y materialista, atentando contra la dignidad humana. Y hay que unirse para defenderse del coloso del norte y para reencontrar las raíces olvidadas. Cabe agregar que todos ellos fueron anticlericales decididos.

La cuestión de la identidad fue definitoria y operó como una contraposición al marcado eurocentrismo que predominó hasta entonces.

La búsqueda de la identidad nació como una oposición al desprecio por lo propio, de lo local y de lo latino que caracterizó el paradigma positivista y su plan modernizador. Y también con un agudo rechazo al utilitarismo, al que se opuso la revalorización de las ideas, de la cultura, el arte y de las humanidades en general. Muy ligado a esto estuvo el plan antiimperialista que se constituyó como un arma ideológica contra USA.

En Argentina la crisis del positivismo coincidió con los cambios políticos de la democratización. Pero los autores analizados, aún todos los que bregaban por el desarrollo del pueblo, tuvieron un marcado discurso elitista y expresan miedo y desprecio por la mediocridad.

Estos autores buscaron la unión latinoamericana, sobre todo Korn y Taborda quienes repiten la necesidad de reivindicar lo propio ante la decadencia de Europa que, tras la guerra, dejó de ser un modelo a imitar. Taborda propuso erigir a América como tal, y colocarla a la vanguardia de la civilización. Aunque con matices diferentes también Ugarte alerta sobre el peligro imperialista y la necesidad de unirse.

También el tema de la identidad aparece cuando hablan de la Universidad, las que deben adaptarse a las sociedades a las que pertenecen y adoptar una entidad americana.

Lugones era un apasionado por la libertad, se opone a la Iglesia, busca la identidad en el *Martín Fierro* y estaba convencido de que las cuestiones de Estado sólo deberían estar en manos de perdonas calificadas intelectual y culturalmente.

Ingenieros, Taborda y también Korn caracterizan a las universidades como instituciones *fuera de su tiempo*, ya que no reflejan en su interior los cambios de su época. Piensan que el problema radica en su organización y gobierno, y sostienen que las universidades deben constituirse en sistematizadoras de las ideas de su tiempo. Piensan que ellas deben adaptarse al nuevo contexto democrático, que deben establecer una fuerte ligazón entre teoría y práctica; y ésta debe ser incorporada a la enseñanza universitaria. Critican al determinismo, y buscan la reivindicación de la dimensión ética-moral a la hora de pensar la realidad. Resumiendo, se puede decir que estos autores proponen:

- La discusión entre el materialismo y el utilitarismo en contraposición a la reivindicación del **valor de las ideas y de los ideales**.
- La contraposición de un modelo europeísta con un modelo identitario.
- La discusión de una salida política elitista o una salida democrática.
- La integración de lo nacional dentro de un proyecto latinoamericano.

Estos ejes de discusión estuvieron en el ideario de estos intelectuales y permiten comprender la gestación de las ideas-fuerza que pusieron en evidencia el quiebre de los paradigmas vigentes. Es por su calidad, que cabe entender cómo se estructuró el discurso social cívico académico que operó en la Reforma Discurso social y académico, laicista y anticlerical, que abrevó en los discursos reflexivos y de autocrítica que aparecían hacia el interior de la oligarquía.

Con esto concluyen las primeras 210 páginas de la obra de este autor, que a nuestro criterio, tiene el mérito de haber desentrañado el mundo de ideas que rodeó a la Reforma, seguramente el aporte más importante de este libro. Y que pone de manifiesto también que fue el pensamiento de izquierda, ostentado por la mayoría socialista que integró la lista de estos autores, el que terminó copando el movimiento de la Reforma por más que, en un principio, el pronunciamiento cordobés estuviera integrado por liberales y católicos. Daría la sensación que Dalmaso no ha recurrido a las obras de primera mano, sino que lo hace recurriendo a autores que se han ocupado de ellas.

A partir del capítulo IV la obra está referida a la gesta reformista. El autor se pregunta si este proceso de cambio encuentra parte de sus fundamentos en la propia y particular historia de Córdoba. Y recuerda que Ferrero le da importancia al triunfo de los radicales, tesis que él no comparte.

Todas estas manifestaciones se daban en una ciudad con un fuerte desarrollo en infraestructura: ferrocarriles, electricidad, diques, canales, importantes muestras urbanísticas, respeto por el arte, la construcción del Teatro San Martín, y el Parque Sarmiento, reflejaban la belleza pero también la prosperidad de amplios sectores.

Siguiendo a Ansaldi, el autor describe la situación de Córdoba y explica que una parte de la clase media intelectual había virado a posiciones liberales radicales, no exentas de simpatía por el socialismo, anticlerical y decididamente modernizante. Ansaldi destaca la relación entre los estudiantes y los obreros, que no tenía parangón en ningún otro lugar del país.

La Reforma no tiene una explicación lineal y esto emerge de una serie de circunstancias que el autor ha rescatado de parte de la bibliografía existente sobre el tema. No hay, en cambio, aportes documentales en la mayor parte de su trabajo. Pero la citada bibliografía pertenece sólo a un sector de los muchos historiadores que hay en Córdoba y que hace años que trabajan temas que hacen a esta cuestión. Lo cual entendemos como una falencia debido que este trabajo ha sido la tesis de doctorado del autor.

Para analizar los enfrentamientos entre liberales y conservadores, él recurre a Francisco Delich y a Javier Moyano, quien cree que la diferencia entre católicos y liberales estimulaba la aplicación de políticas acordes con la ideología de cada uno y ello generaba la reacción de sus rivales ideológicos. Pero la fractura entre ellos no era permanente y su influencia era variable.

En Córdoba la polarización entre ambos grupos fue grande. La Iglesia Católica era fuerte y, después de 1870, se habían multiplicado las escuelas regentadas por diversas órdenes,

las congregaciones religiosas, y las asociaciones católicas y hubo curas que rechazaron la ley de matrimonio civil. Pero también en Córdoba apareció el juarismo –grupo decididamente anticlerical– y los liberales cordobeses tuvieron diversas entidades de tinte ideológico. Existió el Comité de Libre Pensamiento, y el Centro de la Juventud Liberal. Y hubo muchas logias masónicas. Los diarios también estaban divididos ideológicamente. La orientación clerical de la gestión Loza Borda (1916 -18) reinstaló el antagonismo entre liberales y católicos.

Dalmasso intenta explicar la posición de las clases dirigentes de Córdoba, siguiendo a Aguiar de Zapiola y concluye este punto diciendo que la Universidad es un enclave de poder de las elites cordobesas, en el que la gran contradicción existente no reside en el ideario político, sino en la concepción doctrinaria respecto al significado de una sociedad democrática. Dicho de otra manera, se pregunta cuál es el rol que debe jugar la UNC ante un país y un mundo en ebullición. Reforma sí, pero hasta qué punto, quien la controla y cuál es su alcance. La lucha se origina dentro de la universidad pero involucra al patriciado de Córdoba.

Luego se ocupa de la aparición de la Asociación Córdoba Libre, en la que participaron todos los jóvenes liberales y cuyos inicios se relacionan con una conferencia dictada por Capdevila en la que contrastó el budismo y el catolicismo, lo cual despertó severas reacciones.

Los sectores católicos protestaron y pidieron la clausura del programa cultural. Como respuesta, el 18 de agosto de 1916, la ACL hizo la defensa pública de la conferencia de Capdevila. Este grupo, integrado por jóvenes de la elite, creía en el papel protagónico de América, aplaudía la revolución rusa y analizaba la decadencia europea en todos sus escritos. Lautaro Bruera dice que el Manifiesto de la ACL tuvo la aprobación de los directores de la revista *Nosotros*, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, y también de otros como Lugones, E. del Valle Ibarlucea y Emilio Ravignani.

El grupo se siguió reuniendo y denominaron llamaron *La Jabonería* (de Vieytes) al lugar donde lo hacían. El 24 de setiembre de 1916 el grupo trajo a Palacios al teatro Rivera Indarte a dar una conferencia. Arturo Orgaz lo presentó y allí tomo como eje de sus críticas a la Universidad, a la que acusó de intolerante y anquilosada, denunciando su pobreza intelectual, criticando que no hubiese dado lugar a Palacios en ella para dar su conferencia.

En 1913 Orgaz y Capdevila entraron a desempeñarse como jueces en la provincia. Pero cuando sobre vino la Reforma y ellos participaron de actos diversos fueron amonestados por el Superior Tribunal de Justicia, por lo que renunciaron. Orgaz afirmó entonces que reconocía su delito “pienso libremente y defendiendo la justicia”.

A partir de aquí el autor intenta una aproximación –siempre en base a bibliografía– a los tiempos anteriores a la Reforma y al movimiento en sí, sin caer en la reconstrucción fáctica, salvo en casos puntuales como los hechos del 15 de junio. En su lectura aparece el enfrentamiento entre católicos y liberales, donde los primeros son los “malos” y retrógradas, opuestos al progreso y los liberales son los “buenos” afectos a la modernidad y al cambio que lleva al progreso, a la democracia y a la liberación. Reconoce en cambio que las ideas de reforma estaban también en personajes de la elite y cita a Cárcano y a Figueroa Alcorta, que reconocen la decadencia de la universidad de aquellos días.

También se recuerda el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en el Club Social. El autor menciona los actos rebeldes que se sucedieron y una reunión que convocó unas 20.000 personas de subido tinte anticlerical. Horacio Valdés en su disertación afirmó “Los viejos dioses cristianos han perecido en el corazón de los hombres y el milagro del fantasma crucificado no se reitera para redimir al pueblo den tanta injusticia”. También se menciona la toma de la Universidad por parte de los estudiantes y, siguiendo a Ferrero analiza los nombres de los ocupantes, constatando que hay allí hijos de la naciente clase media mediterránea de origen inmigratorio y la joven generación idealista de las clases aristocráticas aún no contaminadas con los intereses materiales de sus familias. En el *Manifiesto Liminar*, y siguiendo a Ferrero, aparecen apellidos de jóvenes procedentes de otras provincias y del Interior de Córdoba. Estos nombres tuvieron a futuro un desempeño brillante en sus diferentes especializaciones. En cambio entre los integrantes de la Asociación Córdoba Libre se encontraban miembros de familias totalmente tradicionales de la sociedad cordobesa.

El autor recuerda que Aguiar de Zapiola se ha preguntado si la Reforma respondió al anquilosamiento de la Universidad o fue una explosión de otros conflictos de larga data. Y contesta que fue una respuesta al anquilosamiento de la UNC, pero también fue una escisión de la elite y un enfrentamiento entre liberales y conservadores. Es difícil precisar si el movimiento se identificaba con el radicalismo. En Córdoba muchos sectores conservadores eran radicales. La demora en enviar la intervención no se explica fácilmente, a menos que pueda entenderse por la presión de los sectores conservadores del radicalismo, pero lo masivo de las movilizaciones indicó la necesidad deponer fin al conflicto.

En definitiva la gravitación del movimiento en el escenario social excedió largamente los límites del campo universitario. Como es sabido, las banderas de la reforma influenciaron en toda América y sirvieron como base del APRA de Rodríguez de la Torre en el Perú. El reformismo fue entendido como consecuencia del giro intelectual de la búsqueda de la propia identidad y en ese tránsito se volcaron hacia sectores ajenos al mundo universitario.

La antigua UNC, regida autoritariamente por grupos académicos vinculados a la Iglesia, se convirtió en el símbolo de la sociedad oligárquica que, según el autor, estaría sustraída a la modernización por culpa de la oligarquía.

El movimiento reformista, intra-universidad, reclamó el co-gobierno, la renovación de los métodos y contenidos de la enseñanza, de concursos públicos y de la apertura de la universidad al nuevo discurso científico y filosófico. La Reforma generó así una república de hombres libres y marcó el comienzo de un movimiento continental de organización de los estudiantes, y de un movimiento político y social.

En la Reforma se conjugó una concepción de modernidad, una idea de vocación histórica de la juventud y de la nueva generación con la asunción de una común identidad cultural latinoamericana. La modernidad en la universidad está referida a la democratización del poder, al desalojo a la influencia de la Iglesia, a la demanda científica de las metodologías de enseñanza y de la nueva articulación con la sociedad civil.

El discurso de esta generación exalta la acción de un sujeto movilizadado por ideales heroicos. No obstante tienen influencias del positivismo en las nociones de científicidad, de experimentación, de laicismo y de crítica a la Iglesia, mientras rechaza sus concepciones evolucionistas y su énfasis en los valores materiales. Del antipositivismo recuperan el rol de las ideas y de los valores como fuerzas transformadoras y la exaltación del individuo como sujeto creador de la historia. La Universidad debía insertarse en la modernidad generando un saber crítico y formando no solo profesionales sino intelectuales modernos que debían organizar la hegemonía cultural, ideológica y política de los nuevos actores sociales modernizadores.

El último capítulo de este libro recupera el ideario reformista. Allí el autor se pregunta cuál fue el significado ideológico de los discursos políticos y filosóficos que nutrieron al movimiento en forma paralela a su accionar. Y dice que pueden plantearse tres ejes para indagarlo. El primero es la discusión entre el utilitarismo y el materialismo en contraposición al valor de las ideas y de los ideales. El segundo, es la contraposición entre un modelo eurocéntrico y un modelo latinoamericanista. Y el tercero es la discusión entre una salida política elitista o una salida por la vía de la democratización.

Los intelectuales rebeldes surgen como voceros de las necesidades de cambio. Es por la importancia de estas personalidades que cabe preguntarse cuál fue y como se estructuró el discurso social-cívico-académico que operó en el movimiento reformista. Coinciden en que las universidades deben adaptarse al nuevo contexto democrático para facilitar la evolución de la sociedad hacia formas de vida más humana, según persigue la democracia. Korn cree necesario relacionar teoría y práctica. Ingenieros piensa que la experimentación y la prácti-

ca deben incorporarse a la enseñanza universitaria. La enseñanza debe ser antiutilitarista. Afirman que los intelectuales y la juventud son los hacedores del cambio.

La generación reformista exigió la modernización de la Universidad, transformándose en la dirección cultural y ética de la sociedad. La Institución debía insertarse en la modernidad, generando un saber crítico y educando no sólo a profesionales sino a los intelectuales modernos que debían organizar la hegemonía cultural, ideológica y política.

Al final de su trabajo el autor recurre a la *Gaceta Universitaria*, posiblemente el único documento que maneja de primera mano en su libro y que le permite redactar sus conclusiones de manera extensa y apropiada.

La *Gaceta* le permite entender el pensamiento de Martínez Paz sobre la Universidad. Él creía que ella debía mantener una línea espiritual que la uniese al pasado. Esa línea debía restablecerse por el cultivo de las altas preocupaciones del espíritu y por los grandes problemas filosóficos. En la actualidad, decía, se agrupan para constituir universidad, pero sin que ninguna liga espiritual los una. Así las universidades no cumplen su rol, no forman ya a esos grupos de elite que orientan a los pueblos hacia sus grandes destinos. Planteó luego otras necesidades de la Institución y destacó que la Academia Nacional de Ciencias –una tradición gloriosa para el país– pasaba por un período angustioso por falta de recursos.

Sus repuestas se corresponden con el humanista que era Martínez Paz y que concebía a la Universidad como generadora de una poderosa irradiación intelectual, de la que emergen los líderes de la sociedad.

Dalmasso ha transcripto unas palabras del prólogo a la *Gaceta Universitaria* escritas por César Tcach, donde dice que “en la UNC se hermanaban las doctrinas de la Iglesia Católica con la hosquedad de una ciencia anquilosada, las fórmulas siniestras de la inquisición con el casutismo de la filosofía tomista; los procedimientos tenebrosos de los discípulos de Loyola con las glosas herméticas de la Instituta o de las leyes de Indias... y sus muros medievales fueron siempre los contrafuertes opuestos a los vientos de libertad que soplaban del lado del mar”. Este discurso, dice el autor, pone el énfasis en el atraso y en las raíces católicas atribuidas a ese estado de cosas. Por culpa de la influencia despótica de origen jesuita, la Universidad siempre fue un bastión en contra de las corrientes liberales.

La *Gaceta* en un artículo cuyo autor sólo colocó sus iniciales, aborda la necesidad de que la universidad eduque a sus alumnos desde el pensamiento crítico, pues en tanto la realidad se desenvuelve en la incertidumbre, es necesario desarrollar el criterio. En el número 6 de esta publicación aparece una crítica reiterada a la carencia de filosofía entre los

muros de la Universidad, no hay un sistema común que sea la base de toda la enseñanza, por eso reina la incoherencia entre sus disciplinas. La Universidad no existe como tal, porque no hay un ideario filosófico en el cual convergerían las distintas disciplinas.

El 27 de junio la *Gaceta* recuerda unas palabras de Raimundo Meabe, presidente de la Federación de Buenos Aires, donde decía que las nuevas generaciones de Córdoba, exigen un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales en concordancia con una amplia democracia sin dogmas ni prejuicios. A los jóvenes les correspondía marcar las nuevas rutas para el logro de esos ideales, que deben tener fuerza suficiente para abatir a las **fuerzas oscuras**. Y se percibe un llamado a los ideales liberales y a la identidad latinoamericana. Carlos Caminos llega también de Bs As y la *Gaceta* le edita un artículo titulado “¡Dogmas no!”, donde llama a combatir la bastilla del dogmatismo.

El 20 de julio aparece una nota de José Alberti, que dice que cuando todo se confabulaba contra la verdadera universidad una falange de valientes luchadores, los Capdevila, Orgaz, Roca, Barros, son los Monteagudos fogosos de esta revolución, no faltándoles el pensamiento de Moreno ni la clarividencia de Rivadavia. Agrega que la revolución levanta la tea de la idea nueva y con ella debemos incendiar todas las vetustas casas de estudio. Que en Córdoba desaparezcan la cátedra de Derecho Público Eclesiástico y de Derecho Canónico, que no representan más que torpes incrustaciones del pasado. Que se admita en cada consejo un representante de los estudiantes. Que se declare la docencia libre.

La *Gaceta* es, sin duda, un repositorio invaluable de lo que fue el pensamiento reformista, que Dalmasso analiza profusamente.

Muchos otros artículos de la publicación hicieron pie en la paz, la dignidad del hombre, la defensa de la verdad y la justicia, la igualdad y la libertad.

En el N. 15 de esta revista aparece un artículo de Julio Cruz Ghio quien afirma que la Argentina solo tuvo dos generaciones en más de un siglo, la de Mariano Moreno en 1810 y la de Córdoba en 1918, que hace tambalear el trono de los jesuitas en Córdoba, lo que es lo mismo que desmoronar toda la religión de la República Argentina. Esa juventud liberal, valiente, grande y desinteresada, no es anarquista, ni socialista, ni radical y ni siquiera cordobesa, “es sencillamente argentina, porque es liberal”. Y termina diciendo que ansía verla conduciendo los destinos del país.

Estamos sin duda frente a una generación extremadamente idealista, cuyos elogios y expectativas llegan mucho más allá de lo que jamás esperaron los propios reformistas. Todos los valores están presentes y todos los adjetivos parecen pocos para definir a estos jó-

venes que por cierto, a futuro, jamás pudieron jactarse de haber logrado todo lo que se esperaba de ellos

Luego el autor dedica muchas páginas al análisis detenido de la figura más reconocida de este tiempo: Deodoro Roca. Empezando por el Manifiesto Liminar que aparece el 21 de junio. Siguiendo a Sanguinetti, Dalmaso recuerda que Deodoro nunca escribió un libro, escapó siempre de lo formal y en cambio se encendió en diálogos fecundos. Su deambular nocturno en compañía de amigos y contertulios, se hicieron proverbiales. Recibía en su estudio a cuanto personaje llegaba a Córdoba.

Cuando Deodoro debió pronunciar discursos específicos, no se redujo solamente al concepto rígido, por ejemplo, de ciencia o del pensamiento social, sino que discurrió paralelamente sobre la belleza, o cuestiones similares, utilizando para eso el lenguaje del modernismo. Lo estético le sirve de puerta de entrada para ocuparse de otros temas. Rechaza que la universidad sea escuela de profesionales, rechaza el cientificismo y expresa el horror de la pérdida de la civilización a causa de la guerra. Esboza que una sociedad que pierde sus valores deja de expresarse como solidaria y progresista.

Cree que la universidad tenía el deber de expresar un nuevo mundo. Un lugar donde la ciencia y la creatividad, la insurgencia contra los dogmas, expresaran la pujanza de los hombres libres. Si la universidad no lo lograba expresar, este grito de rebelión no tenía futuro.

En las universidades está el secreto de la futura transformación. Ir a vivir, no pasar por ellas, formar allí el alma que irradie sobre la nacionalidad, así al espíritu de la nación lo hará el espíritu de la universidad.

Deodoro reivindica lo propio, lo telúrico y se explaya sobre la necesidad de rescatar los valores originales. La ola inmigratoria lo hace dudar sobre la capacidad de integrar a los recién llegados dentro de un conjunto de valores que permita homogeneizar la sociedad en objetivos, sueños y valores comunes.

En 1920 pronuncia un discurso donde recuerda que el punto más elevado de la consciencia humana es la Idea de Hombre. La consigna oscura del siglo XIX fue desintegrar la educación y se distribuyeron por escuelas y universidades un ejército de asalariados intelectuales, de domésticos doctorados, de parásitos de la cultura. Es un acabado admirador de la educación y expresa claramente que las universidades que solo producen profesionales, sin trabajar sobre el espíritu del hombre, contribuyen a formar personas incompletas.

Utiliza un lenguaje educado, que revela un espíritu cultivado. Y se dirige a las elites, para reflexionar sobre la función de la educación.

A partir de la página 323 y hasta la 339, Dalmasso redacta sus conclusiones que. Lógicamente, abarcan todo lo enunciado con anterioridad.

Entre muchas otras cosas va demostrando como se impone el nuevo discurso contrahegemónico, intentando desplazar al existente. Los reformistas buscaban una sociedad sin dogmas, que valorara el pensamiento crítico, que asegurara la igualdad de oportunidades y que tuviera la capacidad de elegir a los mejores. Y en el pensamiento reformista una universidad es aquella capaz de recrearse a sí misma por su capacidad de cuestionar los valores vigentes y la forma de producción del conocimiento.

Los discursos contrahegemónicos logran imponerse como un nuevo paradigma. La participación de los estudiantes y las nuevas generaciones contribuyen a ese proceso de cambio. El discurso de la Reforma se estructura en oposición a un sistema cerrado, que negaba el ingreso a la modernidad. Y tal trascendencia tuvo el hecho, que acabó siendo interpretada como la bandera del cambio social.

Comentario a
Pablo Requena *Derivas de un dirigente reformista – Deodoro Roca (1915 -1936)*
Editorial Universidad Nacional de Córdoba – 2018

Norma D. Riquelme
CONICET, Córdoba

La obra contiene un extenso Estudio Preliminar de Matías Rodeiro (p0. 13 a 28) y un Prólogo de Mónica Gordillo.

En la página 35 comienza la introducción del autor, que inicia destacando que términos como “juventud” y “nueva generación”, fueron acuñados por la reforma como elementos de lucha política, pero que ninguno de ellos ha sido suficientemente discutido por quienes investigan la Reforma Universitaria. Muchos de los textos indagados no reparan en el modo en que los escritos reformistas **inauguraron imaginarios** e **inventaron** al movimiento estudiantil. Esto, dice el autor, remite al tema de “como leer un documento”. El documento, el que no es portador de una verdad ineluctable y que es necesario problematizar en las representaciones y estrategias que contiene.

Dice el autor que Deodoro Roca modeló, la identidad reformista a partir de dos categorías: la **joven generación** y la **vieja generación**.

Un balance sobre los textos referidos a la Reforma le permite comprobar que sus protagonistas forjaron una copiosa producción interpretando los sucesos. Que la vasta cantidad de fuentes elaboradas desde los años 1920, asociada a la necesidad de formar nuevos militantes, fue decisiva en el desarrollo de muchos de esos trabajos, llegando a constituir lo citable y pensable sobre el tema. Y, lo más importante es que los estudios sobre la cuestión, conformaron una mirada monolítica y homogénea sobre ella, considerando al movimiento como una ruptura con lo anterior, tanto en lo político como en lo cultural e intelectual. Según esta perspectiva existiría una relación directa entre **Reforma Universitaria, crisis de la hegemonía conservadora y ascenso del radicalismo al poder**.

Según dice Requena esta visión parece ignorar que los reclamos de una reforma académica se remontan a 1870 y que entre modernidad y tradición existe una necesaria oposición, la que implica valores distintos.

Los aportes historiográficos recientes se apartan de las interpretaciones de los reformistas. Por un lado afirman que la imagen corriente de la Reforma ha resultado de operaciones de **construcción** llevadas adelante por sus protagonistas. Por otro lado, conducen a pensar que los dirigentes reformistas al escribir retrospectivamente ente sobre el tema, efectuaron un borramiento de los hechos que precedieron a 1918 al presentarlo como una creación de los estudiantes. Requena recuerda que Buchbinder ha destacado que la imagen oscurantista y retrógrada sobre Córdoba, proviene de extendidas acusaciones de Juan B. Justo y del mismo Roca, quienes las popularizaron con la pretensión de instaurar la Reforma Universitaria como un hito en la historia liberal y laica argentina.

Desplazar la atención desde el movimiento en sí, hacia los actores y sus operaciones de construcción e invención de las categorías de juventud y generación –y por lo tanto del movimiento estudiantil– nos permitirá ver, dice el autor, las categorías con que los reformistas imaginaban la política y la cultura y nos llevará a interrogarnos acerca de las imágenes que hemos heredado de la historiografía tradicional, lo que significa “desplazar la mirada desde el reformismo como entidad homogénea hacia los mecanismos mediante los cuales los estudiantes y egresados universitarios fueron constituyendo tal imagen.”

Requena ha elegido ocuparse de Deodoro Roca (1890-1942), cuya bibliografía es siempre laudatoria. Para lo que analiza sus discursos y artículos sobre la problemática universitaria y la conmemoración de la Reforma (o construcción de la memoria), buscando particularmente la noción de **juventud**. Roca no fue un escritor y sus artículos y discursos –escritos entre 1915 y 1936– fueron publicados después de su muerte. El autor sostiene que en los de los primeros años aparece la conformación de una identidad reformista y, más tarde, la construcción de un objeto imaginario.

Entre 1915 y 20, Roca estudia el fracaso de la generación anterior y se anuncia la llegada de los jóvenes como encarnación de la futura renovación cultural y, contrapuesto, aparece el adversario reaccionario y viejo. Entre 1931 y 1936 aparece la **estrategia de invención de la Reforma**, para lo cual forjó la tradición reformista en clave democrática y social. La obra contiene una biografía de Roca, que podemos sintetizar diciendo que egresó en 1915 como abogado y pronto ocupó espacios dentro de la vida cultural y social de la provincia. Entre 1919 y 1921 se desempeñó como docente en la universidad y, con anterioridad, fue director del Museo de Bellas Artes cargo que, en 1919, también había abandonado. En la primera parte de su trabajo el autor afirma que la Reforma como programa político cultural, no fue completamente innovadora sino que sus postulados respondieron a modelos intelectuales muy difundidos a principios de siglo. En tales modelos los conceptos de *juventud* y *América*, asociadas a la idea de novedad, ocupaban un lugar privilegiado frente a la

crisis de la cultura occidental puesta en evidencia por la guerra de 1914. Para estudiar esto Requena analiza el modernismo de fines del XIX y la obra de José Ingenieros.

La percepción de los Estados Unidos como una presencia amenazante para el resto de las Américas supuso para los modernistas la búsqueda de las diferencias entre la América sajona y la hispana; y, por otro lado, se inició el rastreo de elementos comunes en la América hispana que permitieran entenderla como una nación única. Esto los llevó a concluir que USA era una gran unión, mientras Hispanoamérica estaba balcanizada; y, a su vez, la América sajona era pura brutalidad materialista mientras el resto era heredera del acervo cultural más rico de occidente. Estos pensadores explicaron la barbarie y también la instrucción utilitaria, entendiendo que la educación debía emparentarse con la exploración de lo estéticamente bello y oponerse a la búsqueda positivista de lo pragmáticamente útil.

A medida que Estados Unidos se convirtió en una nación con explícitas pretensiones de control y dominio sobre el resto de las Américas, hacia el sur se convencieron que el futuro de Hispanoamérica estaba en la unidad y, como consecuencia, se produjo una revalorización de lo hispano y de la religión católica como elementos fundamentales de una barrera efectiva de defensa cultural contra el país del norte.

José Ingenieros fue uno de pilares intelectuales para la juventud de la época. A partir de 1910 él se preocupó por Latinoamérica, y su eurocentrismo se disolvió ante la gran guerra y la revolución rusa. Hacia entonces aparece también en sus obras el tema de la mediocridad. La filosofía de Ingenieros tendía a demostrar que la humanidad progresaba porque cada vez que las civilizaciones envejecían, los jóvenes se encargaban de renovarlas. Ambos temas estaban destinados a tener gran influencia.

Requena se detiene reiteradamente en las categorías de **americano/europeo y joven/viejo**. Y el término juventud pasó a adquirir una connotación especial, como un actor sociocultural relevante que guiaría a América hacia su grandeza. El concepto **Juventud** aludía a quien correspondía relevar a Europa. Él se asociaba a la pureza y a la renovación porque los jóvenes encarnaban lo opuesto a la vieja generación.

El papel central seguía estando en manos de las elites ilustradas que concientizarían al pueblo y a los jóvenes mediante la educación. El concepto América se concibió como el relevo de Europa, que representaba un modelo cultural agotado. América no era subsidiaria de Europa, sino que representaba la posibilidad de una cultura propia que daría al continente la posibilidad de sustituir al viejo mundo.

Estos tres conceptos: América, crisis y juventud configuraban al intelectual tal como lo concebía Deodoro, en tanto guía y maestro de la juventud.

La crisis de los valores y la necesidad de la renovación cultural aparecen ya en 1915, es decir en los tempranos discursos de Roca. La guerra había afectado tanto a Europa que los jóvenes de América estaban autorizados a innovar y pensar en un nuevo relevo civilizatorio. La emergencia de la juventud como actor político y cultural permitía que la crisis no fuese terminal. En este marco Roca construyó la imagen de que ser joven en 1910 implicaba no poseer maestros por lo que la lucha de los jóvenes estaba en buscarlos.

Vista así, la Reforma era parte de la búsqueda de una guía para una generación perdida en medio de la catástrofe de la cultura occidental. Para Roca, la Reforma era una revolución que se ofició desde arriba, en tanto eran los intelectuales y la juventud ilustrada los que la provocaron. Y gracias a esto, la nación recuperaría los valores perdidos.

Pero hay otra realidad que Roca no podía ignorar, que era la acarreada por la inmigración masiva, que acabó fortaleciendo la inquietud por las tradiciones, y revalorizando lo criollo frente a lo gringo y lo inmigrante.

Como Rojas y Lugones, Roca alertó sobre la “turba cosmopolita” y el peligro que significaban los inmigrantes para la nacionalidad. Porque el país ya no era una unidad constituida en torno a una serie de valores sino una yuxtaposición de individuos que no tenían nada que ver entre sí. Esta masa amorfa sustituía a los ciudadanos responsables y hacía peligrar la democracia al disolver el poder de las elites de aptos para el gobierno. Roca proponía que la Universidad domesticase las pasiones y diese forma a esa masa de habitantes que poblaban pero no vivían, al tiempo que se les inculcaba el espíritu nacional.

Dice el autor que el planteo era elitista y sostenía la necesidad de formar a la ciudadanía para lograr una democracia formada por individuos capaces e instruidos.

Pero además, según Roca, de la inmigración existía una elite dirigente que había perdido sus virtudes y una clase media cegada por el afán de lucro. Pensaba que la elite tenía los peores vicios de la burguesía advenediza preocupada por lo material antes que por lo espiritual. A la Universidad le tocaría dirigir el proceso de reconstrucción de la nacionalidad, puesto en juego por la presencia de los inmigrantes. A ellas les correspondía elaborar el pensamiento nacional y la acción educativa de la elite terminaba siendo el agente de una transformación continental.

Requena encuentra que los términos juventud y América se repiten en Roca y ocupan un lugar central en torno a los de Universidad y saber, que permitirán relevar culturalmente a Europa y a la vieja generación. La reforma se constituía así en un programa de renovación cultural.

Los sucesos mundiales, en particular la guerra, fueron los que definieron los textos que Roca escribió hasta 1920. Es en definitiva un hombre de su tiempo, influenciado por lo que sucede y por la posición que tomaron la mayor parte de los representantes de la cultura en los que Roca abrevó su pensamiento.

En cambio el concepto de América es el más ambiguo de Roca. Lo elabora a partir de oposiciones tales como América Hispánica / América Sajona. Roca oscila entre un americanismo cosmopolita que contempla a Estados Unidos como modelo y un americanismo provinciano que tenía una perspectiva más distante del modelo norteamericano.

En 1917 Roca fue nombrado director del Museo Provincial de Córdoba, (cargo al que renunció en 1919) y, desde allí, propuso crear un Museo Colonial y una Casa de Estudios Coloniales, mostrando un sesgo absolutamente neocolonial, lo cual también era un signo de los tiempos. Apuesta para que la Universidad logre salvar a la región de la catástrofe de occidente.

En la tercera parte de su obra el autor se ocupa de Córdoba. Creemos que es muy valioso su aporte, en cuanto se ocupa de la situación de la ciudad acusada de retrógrada y opuesta a los cambios por la Reforma, que tuvo la fuerza de instalar esta aseveración que se sigue repitiendo sin cesar desde entonces hasta nuestros días. Autores diversos como W. Ansaldi han mantenido “científicamente” similar postura.

Requena explica que, desde los setenta del siglo XIX, aparecieron elementos culturales alternativos a la cultura católica dominante.

En la Córdoba anterior a 1918 se conformaron un conjunto de culturas específicas y novedosas: la cultura científica, a partir de los años setenta y la cultura artística a partir de 1890, además de la cultura jurídica que fue precedente a ambas. Y, desde entonces, hubo en Córdoba una transformación de ciertas prácticas culturales e intelectuales, que nos obligan a revisar ciertos supuestos: el primero es el de la Universidad como institución clericalizada y el segundo la inexistencia del movimiento estudiantil. El autor recurre a Buchbinder para destacar que desde principios de los XX la casa de altos estudios estaba en un pleno proceso de transformación. Esto se puede seguir por la presencia de algunos docentes, en la reforma del plan de estudios de la Fac. de Dcho en 1906 que incorporó la pedagogía y la

psicología experimental y en la democratización institucional mediante la participación de los docentes en las decisiones institucionales. Ya Cárcano había escrito sobre la Universidad en 1892 con reclamos semejantes a los que 25 años después haría la reforma. Y ya destacaba que el problema en buena medida recalaba en el sistema de elección de las autoridades y en los métodos de enseñanza vigente.

Las afirmaciones de la bibliografía sobre la Reforma –dice Requena– deben revisarse a partir de estas evidencias pues que ellas han visto en los acontecimientos de 1918 la emergencia de una nueva cultura política, absolutamente moderna, liberal y anticlerical.

Hacia 1918 Córdoba presentaba una ebullición de organizaciones político culturales estructuradas en torno a una programática liberal y protagonizadas por los estudiantes. Algunos de estos grupos, organizaban conferencias y también mitines en las plazas de la ciudad, en donde solían congregarse un público numeroso y a veces entusiasta. El autor destaca que la universidad previa al 18 no era una institución paralizada y clericalizada, sino una institución en transformación. Y afirma que el público laico y liberal sostenía la idea de que la salida de la crisis estaba en el creciente protagonismo de los jóvenes.

El lenguaje de la Reforma fue construyendo una nueva generación y él fue utilizado en mitines, reuniones públicas, publicidades y manifiestos, lo que constituyó la construcción de un imaginario identitario novedoso porque permitía la interacción entre los intelectuales, dirigentes y estudiantes. Esto habilitó la captación de un público emergente, joven, laico y liberal, activo y movilizad, que salía al espacio público a disputar la hegemonía al público católico. Por entonces, las culturas artística y científica captaron muchos jóvenes. Y la ciudad fue el escenario donde se debatieron la reacción clerical, encarnada en la vieja generación y el progresismo laico que encarnaba la juventud.

En la cuarta parte de la obra el autor trata sobre el significado de la generación y explica que la formación de un grupo cultural y político significa que se confine al pasado a los anteriores, mientras se remarcan las diferencias. Se construye una legitimidad sobre la base de no ser como el otro. Roca modeló a la nueva generación en sus escritos mediante la inclusión o la exclusión, y contrapuso el carácter incontaminado de la nueva generación, frente al corrupto de los de la vieja.

Los jóvenes serían los actores principales de una época de cambios por su aptitud para llevar adelante la regeneración de la civilización americana, frente a la vieja generación definida como autoritaria y moribunda.

Requena señala la opinión de otros autores sobre la situación previa a 1918. Y destaca que Roca no critica a las Academias como Institución sino a sus integrantes, que poseían el poder político dentro de la Universidad; destacando su falta de originalidad, de preparación y de aptitud y afirma que en esto reside la efectividad de su argumento. A nuestro criterio, esto se venía haciendo desde años atrás y por eso las propuestas de reformas caían siempre en el sistema de elección de las Academias.

En los discursos de Roca siempre están presentes las críticas ácidas a la vieja generación, portadora de todo tipo de falencias e ineptitudes. Y creía que sólo podían ser docentes los verdaderos constructores de almas, los creadores de belleza y de bien, según afirmaba en el Manifiesto. Pensaba que había que modificar el sistema educativo en su conjunto y que la Universidad no podía ser sólo forjadora de profesionales.

Roca se encargó también de descalificar a la elite, dueña del poder en la Universidad, a la que señaló como la servidumbre intelectual de la “reacción” cuyo poder no provenía del saber, sino “del Estado, la propiedad, la Iglesia y la familia”. Y agregó que mientras el pueblo trabajador hacía las peores tareas, la elite dominaba los establecimientos educativos. Era así como los hijos de los pobres y de los ricos se separaban desde el primer momento, de ahí la enseñanza unilateral y calculada que mantenía las diferencias de clases. Los profesores contribuían al sistema de dominación imperante, en el que la educación era un medio para dominar y esclavizar. La Universidad cumplía igual papel, sus docentes eran lacayos de la inteligencia. A pesar de estas afirmaciones, hacemos notar que Roca sostenía estas cuestiones en 1920, cuando los inmigrantes ya se había insertado exitosamente en el sistema educativo en todos sus niveles y muchos ya habían ascendido en la escala social.

La dicotomía tradición/modernidad tuvo su origen a fines del siglo XIX en la historiografía hispanoamericana de la política y las ideas. Se suponía que todo lo que no era moderno era necesariamente tradicional. Roca asociaba automáticamente la tradición con la colonia, España y el autoritarismo. Y la palabra modernidad se hermanaba con las ideas liberales, con la separación de la Iglesia y el Estado y con los modelos de organización de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Afirmaba que la tensión existente entre ambos conceptos se resolvió en el dominio clerical de la Universidad, principal agente de atraso en Córdoba. Pero, a su entender, la Reforma terminaba con ambas cosas. Él extralimitaba las antinomias: todo lo que no era joven, comprometido con América y el porvenir, era corrupto. No había términos medios.

Roca, una y otra vez, volvía al tema de la juventud llamada a salvar a América y apelaba a ella para limpiar los restos coloniales, rompiendo la supervivencia de camarillas y redes

familiares que persistían en el ámbito universitario. Los jóvenes sólo podían construir la universidad del porvenir a partir del repudio al pasado antiliberal y antimoderno de Córdoba.

El juvenilismo y la nueva generación salvarían a América; pero había que profundizar en la enseñanza para lograr el perfeccionamiento político y moral de la sociedad. Su concepción educativa se apoyaba en tres ejes: el ciudadano portador de derechos: la juventud ilustrada y los sectores populares; el progreso de la civilización reubicada en América; y la laicización de la cultura y la política.

Sin embargo el mantenimiento de un programa basado en la educación como la clave de un proceso de renovación, pronto se frustró, por la declinación del liberalismo y la aparición del nacionalismo antiliberal, que giró alrededor del ejército y la iglesia católica. Como consecuencia, aparecieron propuestas conservadoras para reordenar la sociedad alterada por el sufragio universal, la inmigración masiva y, en alguna medida, por la Reforma, mientras se profundizaban las ideas nacionalistas, hispanistas y corporativistas y aparecían grupos políticos de extrema derecha. Floreció entonces una militancia activa que intentó recuperar los espacios perdidos que décadas de hegemonía liberal y laica habían ocultado: en 1822 se formalizaron los cursos de cultura católica y, en 1931, se creó la Acción Católica. Se formó, entonces, una generación antiliberal de católicos, combativos y virulentos, que acusaba al laicismo de la crisis permanente de la sociedad argentina. Ellos se inspiraron en Italia, Alemania y España. Roca cambió entonces su visión de *tiempos nuevos*, que tomara de Ingenieros y que representaba todas las bondades que veía para el futuro, por la de **difíciles tiempos nuevos**, marcado por un claro pesimismo que ponía en duda la continuidad del proceso histórico. Con su sorna habitual denostaría, en los 30, la llegada al poder de antiliberales como Gustavo Martínez Zuviría, Carlos Ibarguren, Matías Sánchez Sorondo o Leopoldo Lugones.

Los artículos de Roca de los años treinta demuestran su pesimismo acerca de la transformación y mejora de la sociedad mediante la ilustración; por eso re-pensó su programa político. Pero sus discursos posteriores a 1930 siguen mostrando su desencanto. La universidad había vuelto a ser la misma de antes, un instituto del acomodo. "Presupuesto, parientes, muchos parientes" –decía–, donde predominaban los chanchullos, los acomodados y las camarillas.

Por entonces, Roca se definió y se afilió al Partido Socialista y se autodefinió de izquierda, entrando de lleno a la política. Entendió que el mero anticlericalismo del '18 ya no tenía sentido; ya no había frailes pero ahora estaban las fuerzas del orden dentro de la Universidad. Los límites de la Reforma habían sido superados. Y, como consecuencia, el movimiento reformista debía transformar su contenido: el anticlericalismo se ha transformado

en antiimperialismo, decía. Esta fue su apuesta y a ello se dedicó en los '30, después de comprender que la intromisión en política era una necesidad. El proyecto reformista estaba agotado por los que él resignificó a la Reforma en clave política, democrática y antifascista, trazando la pertinencia del legado del '18 para el difícil tiempo nuevo. Había que abandonar la mera evaluación pedagógica de los malos maestros, para entrar en la crítica del sistema que los hacía posible, por eso, ahora, hacía falta una transformación social y un cambio profundo de la estructura del Estado. De manera que sólo habría reforma educacional a fondo si había también una reforma social a fondo.

Durante los '30 Roca resignificó el concepto de juventud y la Reforma pasó a ser parte de un proceso aún no concluido. En 1918 todo se reducía a un concepto pedagógico, pero durante los '30 se refundó el reformismo como un movimiento político. Roca explicó que el origen de los problemas no estaba en la universidad sino fuera de ella, era parte de un “problema profundo, amplio, concreto y formidable: el problema social”. Y concluyó que sólo interviniendo en el Estado se podría lograr la Reforma en la Universidad.

También cambió su concepto sobre la juventud, lo que lo obligó a redefinirla, al tiempo que redefinió el programa reformista. El Roca de los años treinta entendió que la juventud no funcionaba a priori, que ser joven no significaba necesariamente ser reformista. Existían hombres hechos para respirar la tradición y ello lo llevó a la conclusión de que la vejez o la juventud no han de medirse sólo por la edad. Lo que significaba una ampliación del concepto de juventud. Esto se completó con la adopción de preocupaciones políticas y sociales a la programática reformista. En 1930 la reforma del 18 aparecía como una ingenuidad ideológica, que carecía de objetivos políticos claros, por lo que él pretendió dotarla de un lenguaje político y social común y único. Y por ese camino, él se convirtió en un intelectual comprometido, que se empeñó en intervenir en los asuntos públicos y en convertir al joven en un sujeto activo de la vida ciudadana, al extremo de volver indisociable la figura del estudiante de la del ciudadano.

Roca entonces se dio cuenta que los jóvenes del 30 eran menos, pero más lúcidos. Y también debió comprender que la juventud no era connaturalmente reformista, sino que poseía una existencia histórica. Entre 1918 y los '30 hubo grandes diferencias pero, además, hubo un aprendizaje. En el 1918 se trató de un movimiento romántico, mientras en los treinta apareció un estado clarísimo de conciencia y una voluntad inequívoca.

Las imágenes de la juventud y su relación con la política, constitutivas de la programática reformista fueron mutando en la obra de Roca. El ascendente de las derechas en el mundo socavaban la noción de juventud como una actriz transformadora, tanto como la bandera apolítica como estandarte de lucha del reformismo. De aquí surgió la invención de

una tradición reformista por parte de Roca, un pasado que actuaba como principio orientador de la lucha antifacista y democrática que estabilizó muchos de los sentidos políticos que habían poblado el reformismo durante dos décadas. Roca elaboró un pasado glorioso, pero también ingenuo e incompleto que debía servir de ejemplo a la juventud argentina de los treinta. A su vez la misma tradición actuaba como un mandato imperativo que interpelaba a los jóvenes llamándolos a comprometerse en la lucha política.

Con esto termina la obra de Requena, que se completa con una conclusión, donde afirma pretender acercar al lector a comprender la complejidad de la figura del biografiado, que escapa de las reconstrucciones históricas que aplanan y vuelven monolíticas una obra sumamente dinámica. Afirma que no le interesó hacer de él un genio creador, sino descubrir las condiciones bajo las cuales este hijo de las elites locales se dedicó a pensar un programa político cultural para la juventud latinoamericana. El autor dice que Roca elaboró una identidad reformista a partir de la noción de juventud. La identidad joven generación era deudora de la tradición intelectual modernista latinoamericana.

Pablo Requena afirma que su principal aporte fue desnaturalizar un proceso que está fosilizado en Córdoba, donde la Reforma se ha convertido en el mito fundante de la Universidad y la política moderna, al que todos vuelven, se lo apropian y lo reinventan, para utilizarlo. Pensarla históricamente es preguntarnos como los protagonistas construyeron la reforma como hecho histórico y al propio reformismo como movimiento de opinión a la vez que como los acontecimientos tales como el conflicto con el clericalismo, la crisis del liberalismo y el ascenso de Mussolini y Hitler en Europa hicieron necesaria su reformulación.

Al final de su obra el autor remarca lo que, según su visión, falta investigar para completar la mirada que él aporta con este libro.

Para concluir digamos que el aporte del autor es interesante y ha sido creado a partir de las fuentes, constituidas principalmente por los artículos de Roca. Pablo Requena es un autor joven que ha absorbido con éxito las modernas corrientes historiográficas que le han permitido abordar la obra de Deodoro Roca de manera integral, original e infrecuente. Y aun cuando discrepemos con algunas de sus muchas observaciones, seguramente le espera una exitosa carrera.

RESEÑA

MARCELA SILVIA AGUIRREZABALA, MARÍA EUGENIA CHEDRESE y otros, *La política y lo político en tiempos de la Independencia*, Buenos Aires, Ed. FEPAI, UNS-Depto. Humanidades, 2018, 140 pp.

Para presentar esta publicación, es oportuno citar el breve texto de contratapa, que resume adecuadamente los motivos y las características del libro: “Este trabajo recoge de amañera conjunta, las exposiciones de un ciclo de conferencias ‘La política y lo político en tiempo de la independencia’, impartidas por un grupo de docentes-investigadores integrantes del Área de Historia Americana y Argentina del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, realizado en conmemoración del Bicentenario de la Independencia de la República Argentina. La actividad, destinada a la comunidad local, se desarrolló entre los meses de julio y septiembre de 2016 y fue organizada por el Departamento de Humanidades y la Secretaría General de Cultura y Extensión de la UNS y el Grupo Cátedra Abierta. Cada uno de los trabajos que integra esta publicación está destinado a la difusión de los resultados de la tarea académica y de investigación de los autores con el público en general. Pero también nos interesa mediatizarlo a través de la labor docente, compartiendo con la comunidad educativa instrumentos para el trabajo en el aula sobre la temática del bicentenario de la Independencia argentina. La publicación consta de dos partes relacionadas. La primera se centra en la época de la independencia, mientras que la segunda se ocupa de la etapa del Centenario”.

En efecto, el primer grupo de trabajos se relaciona directamente con los agentes políticos, individuos o colectivos, presentes en los sucesos de 1816, y sus antecedentes y consecuentes inmediatos. Abre el elenco el aporte de Elena Torres, sobre “Las Provincias Unidas en Sud América” que pasa luego a ser “nuestra América”, mirando la Independencia argentina en clave de proyecto continental.

Le siguen dos trabajos destinados a evocar la vida y acción de Mariano Moreno (a cargo de Adriana C. Rodríguez) y Bernardo Monteagudo (por Adriana Eberle), señalando sus puntos en común en materia política y en sus proyectos de La Patria Grande.

A continuación tenemos otros tres trabajos, esta vez referidos a colectivos. El primero de Marcela Viviana Tejerina, visualiza los “perdedores” en algún tramo de las contiendas políticas, teniendo como consecuencia la experiencia del exilio, y analizando de qué modo el destierro político los determinó y consolidó en sus ideas. El segundo trabajo, de Marcela Silvia Aguirrezabala se ocupa de las mujeres y su acción política en la época. En tercer lugar, Mónica González Fasani se ocupa del Clero, cuyas variadas posiciones no

impidieron a una considerable mayoría de los sacerdotes criollos la utilización del púlpito como instrumento revolucionario.

Los tres últimos trabajos corresponden a la segunda etapa mencionada, es decir, a la época del Centenario. Carolina E. López traza un panorama del trayecto de los intelectuales en el primer siglo argentino, mostrando sus intervenciones políticas y culturales. Rodrigo González Natale se ocupa del festejo del Centenario en el debate parlamentario, es decir, en su faz política práctica. Y finalmente Natalia Fanduzi con María Eugenia Chedrese muestran la situación de los trabajadores en la época, señalando que se trató de “un festejo para pocos”.

Cada uno de los escritos ofrece una bibliografía complementaria; además, cada autor ha seleccionado un texto documental de la época que reproduce, junto con algunas consignas didácticas que son de utilidad para los profesores, pero también sirven de repaso y reflexión a los lectores generales. Se trata de una obra bien documentada, de factura sencilla y asequible al público en general y en especial al alumnado secundario, que ofrece un buen dossier de temas relativos a nuestra independencia.

Celina A. Lértora Mendoza